mismo año, los albañiles y otros obreros de Melbourne hicieron huelga y obtuvieron la jornada de ocho horas (6).

En 1886, en la "libre" América, los trabajadores de Nueva York afirmaban: "declaramos que el tiempo de trabajo bajo el presente sistema es demasiado largo y no deja al trabajador tiempo ninguno para descansar y educarse, deprimiéndolo hasta un grado de servidumbre poco mejor que la esclavitud; y resolvemos, por lo tanto, que ocho horas bastan para un día de trabajo y tienen que ser legalmente reconocidas" (7). Idéntica declaración hacía en el mismo año el congreso general de trabajadores reunido en Baltimore.

Todos estos antecedentes prueban la trascendencia que desde mediados del siglo pasado se daba al acortamiento de la jornada. Las consecuencias que de ella han derivado han sido incalculables. Ha contribuído poderosamente al mejoramiento físico, intelectual y moral de los trabajadores, y por eso estos han reclamado y reclaman las jornadas cortas o normales con tanta tenacidad.

La reducción de la jornada no ha perjudicado a la industria, de ningún modo. Nunca ha sido ésta tan próspera como bajo el régimen de las jornadas cortas. Pero la objeción de que éstas disminuyen y encarecen la producción, suele repetirse todavía por los patrones que desconocen la historia económica o por los que no saben o no quieren saber de los métodos rutinarios para hacer, con mejor organización técnico-económica, más productivo el esfuerzo de los hombres en las mejores condiciones de trabajo. Es útil, pues, estudiar las relaciones entre la jornada de trabajo y el monto y costo de la producción, exponiendo la serie de hechos que prueban la bondad de las jornadas cortas.

4o.—En la historia de la lucha por la jornada normal de trabajo en Inglaterra hay un episodio interesante que tiene vinculación con el aspecto del problema que pasamos a estudiar. Me refiero a la agitación en favor de la jornada de ocho horas promovida en 1833-34 por el manufacturero Juand Fielden y el ilustre comunista Roberto Owen, agitación que no fué secundada por la clase obrera y que terminó al poco tiempo sin resultado práctico ninguno. El iniciador del movimiento, Fielden, padecía de un error económico que hoy nos hace sonreir, pero que era entonces explicable por las doctrinas en boga. En el año 1833, la situación comercial e industrial de Inglaterra era pésima, los salarios bajísimos y las ganancias de los empresarios, reducidas. Fielden, preocupado de ese miserable estado, había llegado a la conclusión de que si los obreros de todas las industrias pudieran entenderse para no trabajar sino ocho horas diarias, en lugar de doce, la producción disminuiría y los precios aumentarían necesariamente un 25%, por lo menos, y con ellos las ganancias de los industriales, quienes estarían así en condiciones de pagar mejores salarios a sus obreros. Los obreros no comprendieron cómo iba a mejorarse su situación si todos los precios aumentarían un 25 por ciento.

Sesenta años después de esa agitación las cosas habían cambiado fundamentalmente. En 1834 la industria inglesa trabajaba 300 millones de libras de algodón, y empleaba 500,000 obreros, que recibían salarios bajos. En 1894 se fabricaban dos mil millones de libras de algodón, trabajaban 700,000 obreros, la jornada había disminuído mucho y los salarios eran más elevados. Esos resultados eran la mejor refutación de la teoría de Fielden y probaban triunfalmente que la reducción de la jornada y el aumento de los salarios eran correlativos con el aumento de la producción, la disminución de su costo y el aumento de la mano de obra (8).

5o.—La industria textil es una de las que permiten seguir con bastante precisión las relaciones que hay entre las condiciones económicas y sociales de los obreros y el monto de la producción. El progreso técnico ha sido en ella incesante, pero él solo no bastará para explicar el gran aumento de la producción y el menor costo por unidad de producto. En esa industria, al par que la técnica, ha tenido que ir aumentando la fuerza orgánica de los obreros, sus condiciones físicas, su capacidad intelectual. Ha aumentado el número de husos; pero ha aumentado también el número de los que atiende cada obrero, lo que ha exigido de parte de éstos una mayor tensión de la vista, de la voluntad, de la inteligencia y una agilidad más grande.

(6) "La Questione Operaia".—Bibliot. Economista: volum. 5, Pág. 613.
(7) Marx. Pág. 254.

(8) John Rae.—"La journée de huit heures". Cap. 7.